

mento de la cultura occidental, encontrará, sin duda, en el *Victorial* la imagen cuidadosamente dibujada y el marco firmemente establecido.

La crónica nos es ofrecida por Carriazo en un texto limpio, claro y de excelente presentación tipográfica, virtudes que suelen no ser frecuentes en estos últimos tiempos en las ediciones de nuestra lengua; un útil vocabulario, algunas ilustraciones de gran valor evocativo y un prolijo índice alfabético, completan esta edición que queda señalada a la preferente atención de los estudiosos de la historia de España.

JOSÉ LUIS ROMERO

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ: *España y el Islam*. Buenos Aires, 1943.

Reunidos bajo el título del primer ensayo, presenta Sánchez-Albornoz estos cinco trabajos, "precursores de otros mayores, anticipaciones de libros", pertenecientes a momentos distantes de su varia y honda labor. A lo largo de ellos va desplegando un tema esencial, acentuado por peculiar dramatismo: el choque sangriento, el contacto disolvente, agresor y, en algunos aspectos, constructivo de España y el Islam. Ofrecidos sin el aparato erudito de la copiosa y lenta, ceñida y vasta faena de investigación y crítica —su urdimbre inevitable—, destacan con nítida firmeza los perfiles característicos de las instituciones medievales hispanas, la singular configuración social y las circunstancias impares que dieron a España peculiar fisonomía en el acontecer europeo medieval y moderno.

España conservó, en el mundo mediterráneo, los rasgos menos disolventes de la organización imperial. En ella se advertía "el son gótico entre mil voces romanas", pero marchaba hacia las formas medievales de organización cuando la irrupción sarracena torció su avance. España subyugada transformó la herencia cultural grecorromana y engendró una forma de cultura, hispano-árabe, cuyo alcance, brillo y profundidad trasvasaron a la Europa ultrapirenaica —antes del Renacimiento— las fuentes clásicas, y ejercieron sobre ella un magisterio altísimo de frecuente comprobación. Cupo aún a España, en su

lucha con el invasor, un papel primordial: fué el muro de choque y de contención, cuya firmeza aseguró a Europa la posibilidad de realizar su evolución institucional.

Señala Sánchez-Albornoz la función, en cierto sentido, aglutinante ejercida por este choque secular. En unidad de fines superó España el primitivo particularismo ibero: desalojar al invasor e imponer la fe de Cristo. En esta finalidad común, reacción ante el Islam, perfiló Castilla su dinámica "vital e innovadora" realizada en una expansión peninsular de visión española en su alcance y en su raíz, a cuya fuerza en acción se debió la posterior unidad de España y su proyección trasatlántica en la empresa colombina. De la lucha contra el Islam derivó una obra colonizadora que los reinos cristianos del Norte debieron ejercer sobre territorio inhóspito y semidesierto, completada por la confluencia de astures y mozárabes. Destaca el autor las características de esta obra colonizadora. Realizada por acción de pobres monarquías montañosas —o por los mozárabes huidos del Sur— faltó en ella el gran señor que cubría con población servil sus vastos dominios. Constituyóse, en cambio, sobre la meseta castellana, una red de pequeñas propiedades pobladas de hombres libres, origen de una apretada red de municipios y ciudades, en inmediata dependencia de la Corona, dueña, por tradición romana, de las tierras yermas. Al poderío real contribuyó el continuo guerrear, incorporando hacia el sur, nuevas tierras, repobladas, como las de arriba, por hombres libres. A esta peculiar característica de la repoblación concede Sánchez-Albornoz significado trascendente. Ella permitió la unión de municipios y villas en hermandades, que a cambio de libertad y efectiva intervención en el gobierno apoyaron a la Corona, asegurando el afianzamiento jurídico de la monarquía y, al mismo tiempo, una clara anticipación española del estado moderno.

Apunta igualmente el autor la dañina influencia del Islam en la economía española, cerrada durante cinco siglos en la órbita árabe y en la franca. Cuando el apremio guerrero disminuyó, España no pudo desarrollar su comercio y su industria hasta el nivel de los Países Bajos, Italia, Francia e Inglaterra. Y mientras el meridiano económico europeo ascendía desde Lombardía, lejos de la Península, ésta, dividida en reinos de órbitas económicas divergentes, no pudo siquiera lograr su unidad económica. Hubo aún, como consecuencia de la sostenida lucha, un "activismo militar y aventurero" nacido de la "superexcitación guerrera" y una exacerbación del espíritu religioso, que vertieron —bajo dinastías extranjeras despreocupadas del fundamental

problema español, y poderosas minorías eclesiásticas, empeñadas en su propia afirmación— la energía hispana hacia cauces no siempre fecundos para el destino nacional y hacia formas funestas de intolerancia religiosa. Agrega Sánchez-Albornoz a estas consecuencias el predominio de la población rural y, por lo tanto, una atenuación de la sensibilidad política española que permitió acometer empresas ineficaces y luchas por la unidad religiosa europea.

En directo entronque con el trabajo inicial, estudia el autor las causas de la diferenciación política de "España y Francia en la Edad Media". Frente al régimen territorial de gran propiedad desarrollado en Francia, a un sistema en que la evolución hacia la economía municipal y burguesa fué lenta, a una débil monarquía de potestad disminuida o usurpada por los grandes propietarios y funcionarios públicos y a una organización social en que, como fundentes de tantas fuerzas anárquicas, el vasallaje y el beneficio, vinculadores de señores y guerreros en lazo de fidelidad personal, fortalecidos por la dinastía merovingia fundamentaron el "mal llamado régimen feudal", contrapone Sánchez-Albornoz la peculiarísima organización castellana. Allá, la dinastía carolingia afirmó el régimen vasallático y beneficiario para afianzar su autoridad "ilegal y bastarda". En España, Castilla, de pareja evolución inicial, al producirse la invasión islamita desvió su marcha "por una forzada detención en el camino más que por una genésica divergencia de rumbos". Señala el autor la persistencia del régimen visigótico, la primitiva debilidad de la realeza astur, la restauración cristiana comenzada en la segunda mitad del siglo IX, y, ya en ella, la organización peculiar de Castilla, Duero arriba, donde no pudo cristalizar el señorío de una casta militar sobre un campesinado inexistente. En contraste con la organización traspirenaica la pequeña propiedad cubrió a Castilla, "islote de hombres libres", cuya insólita presencia en el mundo feudal, originó un tipo de agrupación rural semicolectivista, comunidades locales de vida independiente y personalidad jurídica indudable. De aquí arranca, para Sánchez-Albornoz, el "elemento pueblo" distintivo y original, protagonista de las gestas hispanas y factor activo en el fluir lento y subterráneo de la vida cotidiana peninsular. Pero si España retrasó su evolución hacia el régimen feudal, que ya no pudo enraizarse en ella, vió, junto a los señoríos, el rápido crecer de municipios y concejos cuya importancia aumentó por su ayuda militar a los reyes. Estos concejos lograron en el siglo XII una fuerza política y económica que determinó "el temprano surgir de las cortes castellano-leonesas, las primeras que aparecieron

en Europa, y con ellas, el temprano alborar del tipo de Estado que conoció Occidente en la Baja Edad Media".

En el trabajo titulado "A través de los Picos de Europa" el autor quiso demostrar, rehaciéndola, la practicabilidad de la ruta que la huida desesperada impuso a los árabes después de Covadonga donde "los moradores de las sierras cantábricas habían salvado a Europa en España". Y pues que la marcha de comprobación dejó al historiador viajero tiempo y ánimo para la contemplación del paisaje, el autor entrega la historia en estilo nuevo, evocando con expresiones de plástico relieve las "misteriosas entrañas de los Picos", las ásperas y encajonadas gargantas, los senderos tortuosos de belleza palpable, a través de cuyas rocas erizadas, bajando a los valles por pendientes inverosímiles, realizaron los árabes la proeza de una huida veloz.

"La mujer española hace mil años" dibuja la contraposición vital que concepciones diversas del mundo, religiones hostiles y regímenes jurídicos diferentes impusieron a la mujer peninsular a la que, sin embargo, la misma raza de abolengo hispano igualaba en su origen. Centraliza su estudio en la mujer de la décima centuria, siglo en que "crystalizan las instituciones españolas, se esboza el perfil de la sociedad y el Estado hispano, nace Castilla..... y se dibuja el alma de España".

Analiza la situación jurídica de las mujeres hispanas en el mundo cristiano y en el Islam, las ocupaciones de unas y otras, inferiorizadas las del Sur por una vida casi exclusivamente erótica, inquietadas las del Norte por un activismo enfrenado por la religión y agudizado por el ambiente de lucha, cuyo cauce de satisfacción, cuando no el amor o la vida monástica, fué la política. Recuerda la condición matrimonial de islamitas y cristianas y el indudable influjo del cristianismo que elevó a la mujer a la condición de compañera del marido. Y señala el contraste vivo entre las mujeres de la España islamizada de las que algunas señalaron rasgos extraordinarios en la poesía y hasta en la filosofía, y las mujeres cristianas, cuya influencia como esposas y madres se acentuó en el ejercicio del gobierno o en la intriga palatina.

Desplegando hacia su proyección extraeuropea este vuelo realizado sobre una época peculiarísima y fecunda, apunta Sánchez-Albornoz, en el último ensayo, "La Edad Media y la Empresa de América", una opinión ofrecida en interrogante a los especialistas de la historia de América. Destaca como final de un proceso cuya evolución la dinámica expansiva de Castilla completó en la "última edad heroica del mundo occidental", la empresa americana, cuyos rasgos esenciales,

espíritu de cruzada y aventura, falta de conexión estatal, matiz "religioso y guerrero, místico y codicioso", acusan fisonomía típicamente medieval. Rasgos medievales que sólo Castilla, entrenada secularmente en la lucha por la Reconquista, pudo conferir a una obra de colonización que de haber sido realizada por otros europeos habría configurado situaciones bien diferentes.

Y, conservando la actitud problemática, evidencia el autor la prolongación, en el Nuevo Mundo, de la política y la economía hispanas cuyos peculiares perfiles, por la acción confluyente de fuerzas exclusivas —pervivencias romanas y bárbaras, lucha secular de reconquista y obra lenta de repoblación— esculpieron las peripecias de la historia peninsular

DELIA L. ISOLA

JOSÉ MARÍA MILLÁS VALLICROSA: *La Poesía Sagrada Hebraico-española*, Madrid, 1940. Publicación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. (Escuela de Estudios Hebraicos del Instituto Arias Montano).

El autorizado hebraísta español José María Millás Vallicrosa, catedrático de la Universidad de Barcelona, ha hecho un excelente estudio de la poesía sagrada hebraico-española de la Edad Media. Según propias palabras del autor, en ninguna otra expresión de su actividad espiritual los autores hebraico-españoles manifestaron más su rai-gambre lírica que en su recreación vindicadora de la poesía sagrada. La lengua y el espíritu poético bíblicos, en peligro de preterición y olvido, fueron salvados por ellos, remozando, al mismo tiempo, las viejas formas.

En el libro que comentamos el autor se ha propuesto hacer conocer suficientemente del público contemporáneo a esta poesía, siendo su obra un aporte de fundamental importancia para el enriquecimiento de la bibliografía que, sobre todo con posterioridad al clásico estudio de Sachs (*Die religiöse Poesie der Juden in Spanien*), se ha venido publicando desde hace algunos años a esta parte. El profesor Millás Vallicrosa colma, al mismo tiempo, un vacío evidente que existía en España en este orden de trabajos de divulgación, pues mientras algunos poetas hebraico-españoles eran traducidos últimamente a distintas